


Al insigne novelista, mi queri-
do amigo Don Arturo Reyes, como homenaje
de admiración y afecto

27-2-09

Vict. Jomera


PRÓLOGO

Hace un siglo que España invadida por las huestes napoleónicas, dió ejemplo al mundo de heroísmo, combatiendo con denuedo hasta lograr su independencia. Este hecho ha sido ensalzado como merece, todos los historiadores así nacionales como extranjeros le alaban con entusiasmo. Este glorioso ejemplo debe grabarse en todos los corazones, como garantía de la inmortalidad de la patria. Al hacerlo así, se presta un servicio á la defensa nacional, divulgando cuanto puede contribuir á fortalecer el ánimo ante futuras amenazas de desmembración.

Más para que esta labor resulte fructuosa del todo, es preciso dar la justa medida del valor nacional en la consecución de la independencia, mostrando también la parte que en este triunfo tuvieron auxiliares poderosos y los propios errores del enemigo.

De este modo se consigue juzgar con acierto y el patriotismo ilustrado, no se embriaga con éxitos maravillosos, sino que encuentra razones que justifican la victoria definitiva. Comprende que el valor, el heroísmo, es un factor importantísimo, pero que sin buenos elementos de combate sucumbe en ocasiones. Que no se debe ir á una guerra, como la americana, confiados en proezas legendarias.

Los que aman á la patria, los que no quieren adularla, deben difundir estas verdades. De lo contrario se la expone á terribles males. No confíe España para salvarse de agresiones, solo en su heroísmo.

Fortalezca sus fronteras, prepare sus ejércitos, organice sus arsenales, construya escuadras, estos serán los medios que esgrimidos por el valor, la harán respetada y poderosa.

Sino el despertar será terrible, el de los pueblos, que en la ociosidad y en la apatía no trabajan por su regeneración y engrandecimiento. La guerra extranjera viene siempre precedida del fatídico Mane, thecel, phares.

Además el heroísmo tiene sus crisis, aun en las naciones más admiradas por sus virtudes guerreras. Roma, que sojuzgó á todos los pueblos, en los días mismos de su esplendor militar, en que la corrupción no había atacado su grandeza, se vió invadida por los galos y dió pruebas de tal marasmo, que maravilla es no fuera destruida.

España misma, poco tiempo después de haber peleado contra una invasión francesa formidable, dejaba pasar su frontera á un ejército de cien mil combatientes, que atravesaron la península, como en una gran parada, interviniendo en su política interior.

El Congreso de Verona, discutía esta aventurada medida y la Rusia se ofrecía á Francia, porque se recelaba del valor de España, que no respondió como podía esperarse. Hasta la caritura quedó desmentida, cuando representaba al ejército francés, comprometido en el paso de las montañas y á los españoles agrupados en lo alto de las rocas: ¡Pasen adelante, señores: aquí se paga á la salida!

No hubo tal paga y por nuestra debilidad sufrimos la ignominia de la intervención.

Y si este ejemplo próximo no parece de fuerza. ¿Cual otro más elocuente que el de la invasión agarena, que en una sola batalla, acabó con una monarquía secular y halló tan postrado el país, que en tres años lo recorrió en triunfo, apoderándose casi sin resistencia de todas las ciudades?

¿Quién creería que este era el mismo pueblo que había resistido por tantos siglos á las águilas romanas?

Que con los entusiasmos de heroísmo, no se descuiden los verdaderos medios de defensa y no se dejen enervar las fuerzas; que sin rebajar la epopeya de la independencia se recuerde que la Inglaterra nos ayudó con un ejército y se impuso gastos que ascendieron á ciento cincuenta millones de libras es-

terlinas; y con estas consideraciones á la vista procederemos en los días de peligro con verdadero acierto.

A este fin se han encaminado estos artículos, que aquí se coleccionan, que el lector juzgará más bien que por su mérito por el laudable propósito en que se inspiran y que por su naturaleza de artículos, quizás proporcionen á su ánimo el esparcimiento que nace de este género de lectura. Obtendríamos la benevolencia de nuestros lectores si opinasen como el ilustre Taine. «Confieso que una colección de artículos forman el volumen que más prefiero. Se puede soltar el libro al cabo de veinte páginas, comenzar por el fin ó por el medio; no sois servidor, sino dueño; podeis tratarlo como periódico; en efecto, es el diario de un espíritu».

VICTORIANO LOMEÑA.

